

Entre el asombro y el espanto: un acercamiento a la *Relación* de Fray Gaspar de Carvajal por el Río Grande de las Amazonas

MARÍA JESÚS BENITES

No hay escritores menos creíbles y al mismo tiempo más apegados a la realidad que los cronistas de Indias, porque el problema con que tuvieron que luchar era el de hacer creíble una realidad que iba más lejos que la imaginación.

Gabriel García Márquez (1979)

I.

El 16 de enero de 1493 Cristóbal Colón escribe: “Dijéronle los indios que por aquella vía hallaría la isla de Matinino, que diz era poblada de mujeres sin hombres, lo cual el Almirante mucho quisiera por llevar diz que a los reyes cinco o seis dellas; pero dudaba que los indios supiesen bien la derrota, y él no se podía detener por el peligro del agua que cogían las carabelas, mas diz que era cierto que las había y que cierto tiempo del año venían los hombres a ellas de la dicha isla de Carib, (...) y si parían niño enviábanlo a la isla de los hombres; y si niña dejábanla consigo”.¹

De este modo, el “descubridor del Nuevo Mundo” transfiere y reformula la versión clásica del mito de las Amazonas, aquellas mujeres aguerriadas y poderosamente ricas, que atravesaron, en muchas ocasiones sin ser

¹ En “Diario del Tercer Viaje”, p. 198. En *Viajes de Colón*. México: Porrúa. Edición preparada por Martín Fernández de Navarrete. 1986.

vistas, las páginas de viajeros como Marco Polo, Pedro Tafur, John Mandeville y obras de ficción como la novela de caballerías *Sergas de Esplendian* de Garci Ordoñez de Montalvo. Desde la afirmación colombina las noticias o cercanía a las tierras habitadas por las Amazonas será, para quienes recorran el suelo americano, una prueba válida y contundente, un «elemento anunciador» de la añorada presencia de riquezas fabulosas (Beatriz Pastor: 1983). La existencia de las Amazonas es recreada en distintos puntos del continente y en obras como las *Décadas* del riguroso Pedro Mártir, en el *Primer viaje en torno al globo* del lombardo Antonio Pigafetta, en la «Cuarta carta» de Hernán Cortés, entre otros. Pero el mito tendrá un punto culminante cuando en 1542 el extremeño Francisco de Orellana descubra y navegue durante ocho meses, desde su nacimiento hasta su desembocadura, el río más extenso del mundo, el que trascenderá bajo el nombre de Amazonas.²

En 1539 Gonzalo, el menor de los hermanos Pizarro y en ese momento uno de los hombres más ricos del Nuevo Mundo, llegó a Quito, ciudad que poseía un halo de fastuosidad, con el objetivo inicial de descubrir el llamado País de la Canela. Los datos brindados por expedicionarios e indígenas daban noticias «certeras» de su existencia.³ Pero Pizarro preso de una febril ambición sumó otro móvil a su empresa: el descubrimiento y exploración de un reino rico en oro, plata y piedras preciosas. La leyenda original de una laguna (la de Guatavita), en cuyo lecho yacía una cantidad inconmensurable de oro generó unos de los mitos más persistentes y trágicos del proceso de conquista y colonización: El Dorado. Ambos, el País de la Canela y la laguna del Hombre Dorado estaban ubicados en algún punto de la gran selva oriental, más allá de la cordillera, más allá de los volcanes y por debajo del Ecuador.⁴

² El Amazonas con sus más de 6.200 km. de longitud es el río más largo del mundo. Sus cientos de afluentes recogen las aguas de una cuenca cercana a los de seis millones de kilómetros cuadrados, la mitad de Brasil y el resto repartida entre Perú, Ecuador, Bolivia y Venezuela.

³ En diciembre de 1538 Francisco Pizarro encargó el descubrimiento del país de la canela a Gonzalo Díaz de Pineda. La expedición no tuvo los resultados esperados ya que el encono de los indios y la frondosa vegetación hicieron imposible el avance de los españoles.

⁴ Agustín de Zárate en su *Historia del descubrimiento y conquista del Perú* (1555) establece esta difusa referencia geográfica.

Y así mismo hice saber a V. M. cómo por las grandes noticias que en Quito y fuera dél yo tuve, así por caciques principales y muy antiguos como por españoles que conformaban, ser la provincia de la Canela y laguna del Dorado tierra muy poblada y muy rica, por cuya causa yo me determiné de ir a la conquistar y descubrir y por servir a V. M. y por le ensanchar y aumentar sus reinos y patrimonio real. (Carta de Gonzalo Pizarro a Carlos V, p. 145)⁵

Pizarro, en ese momento Gobernador de Quito, partió hacia fines de febrero de 1541 con una tropa cercana a los 280 hombres.⁶ En el valle de Zumaco, luego de un mes de grandes padecimientos, se unió a ellos Francisco de Orellana junto con 23 compañeros que había reclutado en Guayaquil.⁷ Los expedicionarios caminaron durante meses hasta llegar a la confluencia de los ríos Coca y Napo con los bastimentos prácticamente agotados, y pesando sobre ellos la desilusión y amargura: el soñado país de la canela no era más que un grupo de árboles dispersos, llamados por los indígenas *ishpingos*, en una superficie frondosa e inexpugnable. Pizarro en la misma carta a Carlos V refiere su propio desengaño:

(...) y a cabo deste tiempo [setenta días] hallamos los árboles que llevan la canela, que son unos capullos, la muestra de la cual envió a V.M.; y la hoja tiene el mismo gusto, y la corteza, no lo demás, no tiene gusto ninguno; los cuales estaban en unas montañas muy ásperas, despobladas e inhabitables; y unos árboles eran pequeños y

⁵ En *Biblioteca Amazonas*, Vol. 1. Todas las citas de la carta de Pizarro corresponden a esta edición preparada por José Toribio Medina.

⁶ A este número deben agregarse los más de mil indígenas que cumplieron la función de cargadores de armas y provisiones. Además llevaban consigo cerdos, caballos, llamas. Luego del descenso cordillerano los españoles se asentaron, para reponerse del viaje, en una aldea abandonada. La tranquilidad duró poco puesto que hubo un temblor de tierra y lluvias torrenciales. Los expedicionarios trataron de subir nuevamente la montaña pero muchos de los cargadores, agotados por la inundación, murieron de frío.

⁷ Francisco de Orellana tenía en ese momento treinta años. Había vivido catorce en las Indias desde que abandonó Trujillo (Extremadura). En 1538 fue nombrado gobernador de la provincia de Culata, en la costa de Ecuador, donde reconstruyó y repobló Santiago de Guayaquil.

otros algo más gruesos, y estaban apartados unos de otros mucho trecho. Es tierra y fruto de que V.M. no puede ser dello servido ni aprovechado, porque es poca cantidad y de menos provecho.⁸

En esta instancia el estado de la tropa es crítico, surge la propuesta de navegar el río en busca de sustento. Para ello Pizarro ordena la construcción de un bergantín.⁹ Orellana se ofrece para ir río abajo en la precaria nave y buscar provisiones; Pizarro, en tanto debía caminar, con los hombres que se encontraban en mejores condiciones físicas, por la ribera hasta que el primero regresara o enviara alimentos. El plazo para el retorno eran, a lo sumo, doce días.

Pero Orellana jamás volvería... y esta decisión lo enfrentará no sólo con uno de los ríos más torrentosos del planeta sino también con una selva casi impenetrable que se extiende de manera ilimitada custodiando sus orillas. Orellana –a quien Pizarro acusará de traidor y responsabilizará por las muertes que ocasionó su abandono– cambia para siempre la historia de las navegaciones internas por el Nuevo Mundo.¹⁰

II.

En este trabajo me acerco a la escritura de un testimonio invaluable del viaje: la *Relación* escrita por el fray Gaspar de Carvajal,¹¹ de la orden de

⁸ *En Biblioteca Amazonas*. Vol. 1.

⁹ Recordemos que el bergantín era la embarcación más pequeña que usaron los españoles en el Nuevo Mundo. Se caracterizaba por su rápida y no muy complicada construcción. Esto permitió que, en ocasiones, los bergantines llegaran al Nuevo Mundo desarmados en los depósitos de naves de mayor envergadura.

¹⁰ El retorno de Pizarro fue penosísimo. Los poco más de ochenta sobrevivientes llegaron a Quito en junio de 1542. Habían pasado casi dos años desde la partida esperanzada en busca del oro y la canela. En la citada carta Pizarro califica a Orellana de “ido y alzado” y refiere que «se fue por el río sin dejar ningún proveimiento, dejando tan solamente las señales y cortaduras de cómo habían saltado en tierra y estado en las juntas y en otras partes, sin haber parecido ni nueva de él fasta ahora, usando con todo el real de la mayor crueldad que infieles ningunos usaran, viéndole quedar tan desproveído de comida como metido en tan gran despoblado y entre tan grandes ríos». p. 149.

¹¹ Título completo del texto: «Relación que escribió fray Gaspar de Carvajal, fraile de la

Santo Domingo quien acompañó, entre enero y septiembre de 1542 a Orellana en su discurrir por el Río.

Este estudio forma parte un proyecto de investigación más amplio sobre los relatos de viajeros que, durante el siglo XVI, recorren, descubren e intentan colonizar dos espacios geográficamente disímiles: el Estrecho de Magallanes y el Río Amazonas.¹² He agrupado los textos que componen ese corpus de trabajo¹³ bajo la categoría de “escrituras imperiales de los confines” en la que converge una idea de espacio que involucra, desde mi entender, tanto lo lejano como lo próximo. El confin es el término, el límite de cualquier reino, aquella línea imaginaria que los divide y los distingue. Pero además el término confin es paradigma de palabras como confinar y confinamiento. El primero posee, según el *Diccionario de Autoridades*,

orden de Santo Domingo Guzmán, del nuevo descubrimiento del famoso río Grande que descubrió por muy gran ventura el capitán Francisco de Orellana desde su nacimiento hasta salir a la mar, con cincuenta y siete hombres que trajo consigo y se echó a su aventura por el dicho río, y por el nombre del Capitán que le descubrió se llamo el río de Orellana». Se han consultado tres ediciones de la Relación que se detallan en la bibliografía. Las citas han sido extraídas de la edición de Juan Bueno Medina de 1942. Gaspar de Carvajal nació en Trujillo, Extremadura hacia 1504. En 1535 cuando fue seleccionado por el Superior, junto a siete frailes más, para acompañar a Fray Vicente Valverde en su segundo viaje al Perú. En Noviembre de 1538 Carvajal figuraba entre los fundadores de la orden Dominicana en el Perú de la que fue provincial por algunos años y Prior del Convento de Lima.

¹² Esta línea de investigación la inicié con mi tesis de doctorado en Letras sobre la escritura de Pedro Sarmiento de Gamboa, colonizador del Estrecho de Magallanes en 1580. La misma fue desarrollada en el Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNT bajo la dirección de la Dra. Carmen Perilli.

¹³ Me refiero a las Relaciones al Estrecho de Magallanes de Juan de Ladrillero quien escribe impulsado por la necesidad de delinear las costas. Su escritura descriptiva configura y traza las características del nuevo espacio. Se incluyen además los textos de la expedición encabezada por Pedro Sarmiento de Gamboa (1580-1584) puesto que en ellos se complementan y enfrentan distintas percepciones de las tierras colonizadas: Relaciones de Gregorio de las Alas, Diego de la Ribera y el conmovedor testimonio de Tomás Hernández único poblador sobreviviente de las ciudades fundadas en el Estrecho. En cuanto a las navegaciones internas con fines colonizadores en la zona del hoy llamado Río Amazonas trabajo sobre la malograda expedición encabezada por Pedro de Ursúa (1559) y referida, entre otros, por Francisco Vázquez. Se incorporó además la Relación de Toribio de Ortiguera. Estos relatos constituyen el tramo inicial ya que uno de los objetivos de la investigación es ampliar el corpus de textos de viajeros enviados por la metrópoli durante el siglo XVI a recorrer, navegando, extensos territorios.

una doble acepción: la de lindar un territorio con otro y, la más interesante, la de estar desterrado en un lugar o paraje asignado previamente. Es interesante este matiz ya que los relatos de los viajeros que analizo refieren espacios límites, desconocidos e inexplorados. Los narradores ejercen sobre sí mismos una suerte de auto-destierro percibido como la búsqueda, a fuerza de privaciones, de un espacio ignoto, ajeno y lejano, donde concretar el sueño esperanzado de fama y fortuna.

La problemática sobre las representaciones textuales del espacio, es entonces el centro de mi interés ya que en los relatos de viaje éste se constituye en una dimensión determinante tanto en un sentido racional como en uno emocional puesto que las distancias que se recorren se llenan de significaciones para quien las atraviesa físicamente como para aquél que, desde la distancia y a través de la lectura, las transita con la mente.

Ese vínculo emocional es evidente en la *Relación* de Carvajal: por un lado la escritura, en este caso más que en ninguno de los textos revisados, está subyugada al gesto narrativo, por otro, esa vivencia en el nuevo espacio geográfico está mediatizada por el miedo. La escritura refleja una oscilación entre el asombro y el espanto ante lo desconocido.

III.

Si bien el texto de Carvajal es el más completo y único testimonio directo del viaje, permaneció inédito hasta 1894 año en que el estudioso chileno José Toribio Medina lo incorporó a su obra *Descubrimiento del Río de las Amazonas*.¹⁴ Una primera versión de la *Relación* de Carvajal es transcrita, con algunas modificaciones y agregados, en la *Historia General* y

¹⁴ El manuscrito se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid, desde el año 1961 en que fuera donado por el Duque de T'Serclaes de Tilly. Toribio de Medina se basó en el manuscrito que le facilitó la familia del Duque. En la Sala "Toribio Medina" de la Biblioteca Nacional de Chile he consultado el ejemplar N° 79 del *Descubrimiento del Río de las Amazonas según la relación hasta ahora inédita* preparada por Toribio Medina y publicada en Sevilla. Existe además una edición, también consultada para este trabajo, que corresponde al volumen I de la denominada *Biblioteca Amazonas* publicación dirigida por Raúl Reyes y Reyes y publicada en Quito.

Natural de las Indias, islas y tierra firme del Mar Océano de Gonzalo Fernández de Oviedo.¹⁵ Aunque el fraile no revela en su escritura una erudita formación humanística ni científica,¹⁶ su presencia “como testigo de vista y hombre a quien dios quiso dar parte en un tan nuevo y nunca visto descubrimiento, como es éste que adelante diré (p. 2)” es fundamental ante el silencio del resto de los miembros de la empresa.

Es llamativo el modo en que esta travesía ha sido opacada por la supuesta traición de Orellana y de aquellos que lo acompañaron. Ninguno de los hombres de las huestes, salvo el relato de Carvajal y las cartas del propio Orellana, ha dejado un testimonio directo y detallado de la empresa. A excepción de un viajero,¹⁷ el resto de los expedicionarios tampoco solicitó a su regreso compensaciones materiales por haber logrado sobrevivir, sin recursos apropiados, en un medio hostil ni elevó una relación de servicios, texto tan frecuente en el siglo XVI.

Es en este contexto donde se destaca el valor documental del escrito de Carvajal cuyo marco temporal se inicia en diciembre de 1541 y culmina el 11 de septiembre de 1542 cuando arriban a la isla de Cubagua (Nueva Cádiz). Lo primero que llama la atención es la falta de un destinatario concreto y la ausencia de fechas y localizaciones espacio-temporales en la firma. Carvajal opta por un tú indefinido al que refiere, desde una afirmada primera persona, las peripecias que se sucedieron a lo largo de los más de ocho meses que duró la navegación. La voz del narrador rompe de manera abrupta el silencio inicial con un tono admonitorio, cercano a una defensa. Actitud justificada, si se tienen en cuenta las acusaciones.

¹⁵ Esta obra de Fernández de Oviedo permanecerá inédita hasta 1851. En su *Historia* Fernández de Oviedo incorpora además el testimonio de Orellana.

¹⁶ En otros relatos de viajes analizados (Antonio de Pigafetta, Juan de Ladrillero, Sarmiento de Gamboa) los expedicionarios revelan un afán de conocimiento traducido en la recopilación de datos topográficos, en la incorporación de términos indígenas, en el trazado y descripción de las costas, etc.

¹⁷ Existe una probanza de méritos ante la justicia de la Isla Margarita realizada por Cristóbal de Segovia. La misma está fechada en octubre de 1542. Transcrita en *Biblioteca Amazonas*, Vol. I pp. 164-180.

Para que mejor se entienda todo el suceso desta jornada se ha de presuponer que este capitán Francisco de Orellana era Capitán y Teniente de Gobernador de la ciudad de Santiago, la que él en nombre de Su Majestad pobló y conquistó a su costa, de la Villa Nueva de Puerto Viejo que en las Provincias del Perú; y por la mucha noticia que se tenía de una tierra donde se hacía canela, por servir a Su Majestad en el descubrimiento de la dicha canela, sabiendo que Gonzalo Pizarro, en nombre del Marqués, venía a gobernar a Quito y a la dicha tierra que el dicho Capitán tenía a cargo; y para ir al descubrimiento de la dicha tierra, fue a la villa de Quito, donde estaba el dicho Gonzalo Pizarro, a le ver y meter en la posesión de la dicha tierra (p. 1).

El inicio “todo el suceso de esta jornada” conlleva una clasificación tipológica del texto. Dado que el propio Carvajal y sus transcriptoros identifican este escrito como “relación” rescato el sentido original que brinda el *Diccionario de Autoridades* cuando define el concepto como “la narración o informe que se hace de alguna cosa que sucedió”.¹⁸ Doy prioridad al rasgo narrativo que aleja al texto de un mero pedido de informes para adscribirlo a la categoría, si bien heterogénea, de “relato de viaje”. De este modo se presenta, tanto su carácter informativo destinado a un posible marco oficial de circulación, como el contexto particular en que se produce: una empresa expedicionaria, referida desde la experiencia directa del narrador a través de un territorio ignoto, y a bordo de un precario navío.

Se suman, también otros parámetros que hacen a su especificidad: el relato se articula sobre el recorrido de un itinerario improvisado que se va delineando en la medida que avanza la navegación; este itinerario es referido durante el discurrir del viaje y, además el gesto descriptivo acompaña,

¹⁸ Marcos Jiménez de la Espada establece las categorías y periodización de las llamadas “Relaciones Geográficas de Indias” que se diferencian de las relaciones de viajes. Estas últimas, si bien responden a un pedido oficial de escritura no están ceñidas a un cuestionario oficial. La categoría de relato de viaje se adecua entonces para aquellos textos que surgen de la propia necesidad de referir una travesía y que no necesariamente responden a un pedido oficial o están supeditados a una instrucción.

con distintos matices y secuencialidad, al hilo de la narración.¹⁹ Si bien los sucesos que sustentan este hilo narrativo me permiten delimitar dos momentos o segmentos textuales; es, como adelanté, la presencia amenazante y opresiva del entorno geográfico el factor dominante del relato.

El primero y más breve de esos segmentos textuales ocupa las páginas iniciales y abarca la caminata que encabeza Pizarro por las orillas del río Coca hasta la confección de la primera nave. Esto incluye la llegada de Orellana cuya presentación en el texto pre-anuncia el estropicio al que parece destinada la empresa. Orellana es presentado al mando de un reducido grupo de hombres cansados, hambrientos y sin los bastimentos necesarios para emprender el viaje en busca de la esperada canela.

Pero no obstante esto, por servir a Su Majestad, determinó con todo este riesgo de seguir tras el dicho Gobernador; y así padeciendo muchos trabajos, así de hambres como de guerra que los indios le daban, que por no llevar más de veinte y tres hombres muchas veces lo ponían en tanto aprieto que pensaron ser perdidos y muertos en manos de ellos, y con este trabajo caminó [roto] leguas desde el Quito, en el término de las cuales perdió cuanto llevaba, de manera que cuando alcanzó al dicho Gonzalo de Pizarro no llevaba sino una espada y una rodela y sus compañeros por el consiguiente (pp. 1-2).

Sin embargo esta imagen inicial se irá fortaleciendo en el transcurso de la escritura, en un movimiento paralelo y contrastante con el deterioro del resto de los miembros de la empresa. Algunos historiadores conjeturan sobre un quiebre y conflicto en la relación entre el religioso y el Capitán.²⁰

¹⁹ En este aspecto me han resultado de mucha utilidad las lecturas de los trabajos de Sofía Carrizo Rueda sobre los libros de viaje medievales (1997) y el de López de Mariscal sobre las relaciones coloniales del siglo XVI.

²⁰ Agustín de Zárate llega a afirmar que Orellana abandonó a Carvajal en la selva porque se oponía a seguir río abajo sin antes rescatar a los soldados que habían quedado con Pizarro. El Inca Garcilaso en la *Historia General del Perú* también hace referencia al maltrato que sufrió el dominico por parte del Capitán.

No obstante la escritura de Carvajal refleja una adhesión y apoyo que refuerzan la imagen y autoridad de Orellana.²¹

Orellana tomó consigo cincuenta y siete hombres con los cuales se metió en el barco ya dicho y en ciertas canoas que a los indios se habían tomado y comenzó a seguir su río abajo con propósito de luego dar la vuelta, si comida hallase, lo cual salió al contrario de cómo todos pensábamos (p. 3).

Esta inflexión final de la cita anticipa el infortunio que perseguirá a los viajeros y abre la segunda y más extensa fase: la del relato de la peripecia por un río que progresivamente se expande y ramifica. En ese relato del discurrir, el narrador, en una primera instancia, se centra en la búsqueda desesperada de alimentos.

Vinimos a tanta gran necesidad que no comíamos sino cueros, cintas y suelas de zapatos cocidos con algunas yerbas, de manera que era tanta nuestra flaqueza que sobre los pies no nos podíamos tener, que unos a gatas y otros con bordones se metieron a las montañas a buscar raíces que comer, y algunos hubo que comieron algunas yerbas no conocidas, los cuales estuvieron a punto de muerte, porque estaban como locos y no tenían seso (p. 4).

El esperado auxilio lo brindan los pacíficos y gentiles indios que viven bajo el dominio del cacique llamado Aparia. Éstos no sólo acercan sustento a los viajeros sino que además revitalizan la imaginación y la avidez de fortuna. Son estos indígenas los que dan las primeras noticias “de las ama-

²¹ Son muchas los momentos en que el narrador presenta a Orellana tomando determinaciones en pro del bienestar de los expedicionarios: “Y el capitán Orellana, viendo lo que pasaba y la gran necesidad en que todos estaban, y que había perdido todo cuanto tenía, le pareció que no cumplía con si honra dar la vuelta sobre tanta pérdida, y así se fue al dicho Gobernador y el dijo que él determinaba dejar lo poco que allí, tenía y seguir río abajo, y que si la ventura le favoreciese en que cerca hallase poblado y comida con que todos se pudiesen remediar, que él se lo haría saber” (p. 3).

zonas y de las riquezas que abajo hay”. Este sintagma marca un quiebre en la narración. El Capitán decide avanzar por el río, “caminar” como indica Carvajal quien, en reiteradas oportunidades, demuestra un desconocimiento de términos náuticos.

Y venían con sus joyas y patenas de oro, y jamás el Capitán consintió tomar nada, ni aun solamente mirarlo, porque los indios no entendiesen que lo teníamos en algo, y mientras más en esto nos descuidábamos, más oro se echaban a cuestras (p. 7).

Da comienzo así el capítulo más arduo de la travesía y el que ocupa mayor espacio textual. Los elementos se repiten: los indios son siempre belicosos, los mosquitos que “eran tantos que no nos podíamos valer de día ni de noche”, la comida escasea así “que nos será necesario comer nuestro acostumbrado manjar, que era hierbas y de cuando en cuando un poco de maíz tostado”, la pólvora se humedece. El río y la selva se transforman, como metaforiza el propio Carvajal casi al final del texto, en una prisión: “Salimos de esta cárcel” (p. 44). Es que la impetuosidad de las corrientes que confluyen en el curso principal los atrapa y la selva los rodea desorientándolos.

Y no habíamos andado obra de veinte leguas, cuando se juntó con nuestro río otro por la diestra mano, no muy grande, en el cual río tenía su asiento un principal señor llamado Irrimorrany y por ser indio y señor de mucha razón y haber venido a ver al Capitán y a le traer de comer, quiso ir a su tierra; pero también fue por cabsa de que venía el río muy recio y con grande avenida; y aquí estuvimos en punto de nos perder, porque al entrar, que entraba este río en el que nosotros navegábamos, peleaba la una agua con la otra y traía mucha madera de un cabo a otro, que era trabajo navegar por él, porque hacía muchos remolinos, y nos traía a un cabo y a otro (p. 8).

El espanto, como reitera Carvajal, se constituye entonces en un factor central en la relación emocional que establecen los viajeros con el espacio.

La selva inexpugnable oculta tesoros, pero también incertidumbre. De todas las sensaciones sensoriales la más destacada en el relato es la auditiva. Los sonidos de la selva, tanto de día como de noche, adquieren dimensiones atemorizantes. El ruido de los tambores sufre un movimiento inverso en la percepción de los viajeros: primero es signo seguro de algún poblado y por ende comida, luego, cuando la hostilidad de los indígenas es ostensible, es percibido como peligro inminente. Los tambores anuncian, de manera alternada, la presencia de indios, de comida, de posibles tesoros, pero también de la muerte.

Oyeron claramente atambores, de muy lejos de donde nosotros estábamos, y el capitán fue el que los oyó primero y lo dijo a los compañeros y todos escucharon y certificados, fue tanta el alegría que todos sintieron, que todo el trabajo pasado echaron en olvido porque ya estábamos en tierra poblada y que ya no podíamos morir de hambre (p. 4).

El sonido que emana del interior de la selva, es el elemento disparador del miedo:²² temor por la diferencia en el número, por el desconocimiento absoluto de la geografía y del curso del río. Ante el espanto y el terror se invoca la presencia de Dios como salvadora. Y son recurrentes los fragmentos en que el tono del narrador es providencialista.

Quiso nuestro Dios, no mirando a nuestros pecados, de nos sacar de estos peligros y hacernos tantas mercedes que no permitió que nos muriésemos de hambre ni padeciésemos naufragio. Del cual estábamos muy cerca muchas veces hallándonos en seco, y ya todos en el agua, pidiendo A Dios misericordia; y según las veces que tocaron y se dieron golpes, puédese creer que Dios con su poder absoluto nos quiso librar para que nos enmendásemos o para

²² En tal sentido es interesante el modo en que Carvajal difiere el propio miedo ante la diferencia de número con los indígenas ya que en cada encuentro con los indígenas Orellana trata de explicarles que no se sientan atemorizados por su presencia.

otro misterio de su Divina Majestad guardado (tenía) que así los hombres no alcanzamos (p. 43).

Un elemento que atemoriza es la desorientación, el religioso en reiteradas oportunidades alude a la posibilidad de estar perdidos, de no encontrar una salida. Es que su mirada se focaliza en el sufrimiento y las carencias: “Porque nosotros no teníamos piloto, ni aguja, ni carta ninguna de navegar y ni sabíamos por que parte o a que cabo habíamos de llegar” (p. 43).

En este contexto lo único que brinda seguridad es el barco. Las embarcaciones y los cuerpos de los viajeros son los que patentizan de manera contundente el estropicio de la empresa y la vulnerabilidad e indefensión de sus protagonistas en un medio adverso. Los cuerpos que mueren agobiados y hambrientos son arrojados al río o quedan atrapados en medio de la selva.

A diferencia de aquellos que sólo recorren el espacio caminando, quien navega establece con el barco una proyección de sí mismo. Como caminante el explorador puede recorrer territorios extensos sin compañía, con un medio propio, el cuerpo. El barco adquiere tal importancia dentro del relato que los segmentos narrativos giran alrededor de su construcción, arreglo o deterioro: “Adóbose también el barco pequeño, porque venía ya podrido” (p. 14). De manera simultánea entonces Carvajal refiere el padecimiento físico en un entorno invariablemente hostil (él mismo detalla el modo en que perdió un ojo en unos de los enfrentamientos) y la desintegración del navío.

Carvajal relata cómo en esa selva frondosa y casi impenetrable los hombres se transforman en artesanos solidarios y creativos para levantar una segunda embarcación que aligere la carga del primer bergantín construido junto con los hombres de Gonzalo Pizarro.

Mandó a juntar a todos sus compañeros y les dijo que pues había allí buen aparejo y voluntad en los indios, que sería bien hacer un bergantín y así se puso por obra (...) y luego el Capitán mandó repartir por todos los compañeros que cada uno trajese una cuader-

na y dos estamenas. Y a otros que trajesen la quilla, y a otros las rodas, y a otros que aserrasen tablas, de manera que todos tenían bien en que se ocupar, no sin poco trabajo de sus personas, porque como era invierno y la madera estaba muy lejos, cada cual tomaba su hacha e iba al monte y cortaba lo que le cabía y lo acarrea a cuestras, y mientras unos acarreaban otros les hacían espaldas porque los indios no les ficiesen mal, y desta manera en siete días se cortó toda la maderaje para el dicho bergantín; y acabada esta tarea luego fue dada otra, que fue que mandó facer carbón para hacer más clavos y otras cosas. *Era cosa maravillosa de ver con cuánta alegría trabajaban nuestros compañeros* (p. 12) (Las cursivas son mías).

Desde el barco Carvajal adquiriere una suerte de visión panorámica de las orillas, del curso de las aguas, es una mirada distante que acrecienta el estado de incertidumbre: las orillas son misteriosas y los indígenas permanecen ocultos. Cuando se navega el barco es un medio que colectiviza la experiencia del viaje porque se transforma en el único espacio seguro, de cobijo que tienen los españoles ante los recurrentes ataques. El barco se piensa y termina por transformarse en la mente de los viajeros en un albergue, en el refugio que brinda la protección necesaria ante la adversidad:²³ “Y el capitán quedaba a guardar los bergantines, los cuales eran es este viaje todo nuestro bien y amparo después de Dios, porque los indios no deseaban otra cosa sino quitármolos” (p. 14). Hay una imagen metonímica que sintetiza ese vínculo que establecen los hombres que acompañan a Orellana con el barco y que lo transforma, como afirmé, en una proyección de ellos mismos:

Acabado de adobar el bergantín y clavos, para adobar el grande partimos de este asiento y fuimos caminando y buscando aparejo o plata para lo sacar y adobar de lo necesario (...) y se les hizo sus jarcias de yerbas y cabos para la mar, y en velas de las mantas en que dormíamos, y se les pusieron sus mástiles.

²³ Parte de estas reflexiones se apoyan en *La poética del espacio* de Gastón Bachelard.

En esta instancia el proceso de inversión es total. Ahora bien, aunque resalto ese movimiento descendente que transforma a los exploradores en seres erráticos lo que brinda el texto es un entrecruzamiento de significaciones que se involucran y contraponen, y que identifico como narrativa del desamparo.²⁴ Ésta involucra, por un lado la decepción ante el fracaso de no descubrir el país de la canela ni el dorado; por otro la esperanzada ilusión no tan sólo de sobrevivir sino de encontrar en ese río inconmensurable riquezas materiales insospechadas impulsa a Orellana y sus hombres a continuar.

El barco es un elemento vital como único medio que posibilita escapar y encontrar una salida de esa celda geográfica. Navegar río abajo supone alienta el encuentro con el mar. La desesperación radica en cuál es el brazo correcto, cuál es el que no los condena a una muerte segura. Por eso lo importante es el desplazamiento, del que da cuenta la escritura mediante precisiones que miden la distancia recorrida: “Habíamos andados desde que salimos de Aparia a este dicho pueblo trescientas cuarenta leguas, en que doscientas fueron sin ningún poblado” (p. 22).

La escritura refleja las marcas que el espacio va dejando en el cuerpo. Se trata de una “escritura corpórea” en el sentido de Margo Glantz (1992) ya que el texto refleja las marcas que el espacio va dejando en el cuerpo de los viajeros. Carvajal, además del hambre y los estragos del medio hostil, es herido en dos oportunidades con flechazos certeros. La primera en la quijada y la segunda y más seria en un ojo.²⁵

²⁴ He desarrollado *in extenso* el concepto de narrativa del desamparo en mi investigación sobre la escritura de Pedro Sarmiento de Gamboa. La categoría de narrativa del desamparo se articula alrededor de la imagen del abandono, aspecto en el que convergen la búsqueda infructuosa de auxilio tematizada a través de la carencia de ropa, alimentos, refugio.

²⁵ No deja de ser un dato llamativo que Carvajal termine transformándose en una suerte de imagen duplicada de Orellana quien había perdido un ojo en un enfrentamiento anterior. Lo que tampoco deja de sorprender es el silencio absoluto que guarda Carvajal sobre los padecimientos que es imaginables habrá implicado, en condiciones tan precarias, sobrevivir a una herida de esas características. La ficción se apodera de esos silencios. Me refiero a la novela de reciente aparición *El país de la canela* de William Ospina (2008), ya que en uno de sus capítulos el narrador se detiene en el dolor extremo de Carvajal.

Y de todos en este pueblo no firieron sino a mí, que me dieron un flechazo por un ojo que pasó la flecha a la otra parte, de la cual herida he perdido el ojo y no estoy sin fatiga y falta de dolor, puesto que Nuestro Señor, sin yo merecerlo, me ha querido otorgar la vida para que me enmiende y le sirva mejor que fasta aquí (p. 33).

El ingreso a la llamada tierra de Omagua augura el acercamiento a la riqueza necesaria para justificar el viaje. Esta tierra es descrita como una versión refinada y rica con respecto a los demás pueblos que surcan las orillas. El propio narrador señala que los platos y candeleros eran de una loza “de la mejor ue se ha visto en el mundo, porque la de Málaga no se iguala con ella, porque es toda vidriada y esmaltada” (p. 23). En este tramo Carvajal refleja la influencia de los relatos de viajeros del medioevo en los cuales la descripción de las ciudades es uno de los núcleos textuales. Las descripciones que presenta el narrador señalan el momento más alentador de viaje: “Y también se halló en este pueblo oro y plata, pero como nuestra intención no era sino de buscar de comer y procurar cómo salvásemos las vidas y diésemos noticia de tan grande cosa, no curábamos ni se nos daba nada por ninguna riqueza” (p. 23).

Un momento clave refuerza esta afirmación como prueba concreta de que la selva oculta grandes tesoros: el enfrenamiento armado que sostienen, unos días antes de llegar a la desembocadura, con unas mujeres legendarias:

Han de saber que ellos [los indios] son sujetos y tributarios de las amazonas, y sabida nuestra venida, vanles a pedir socorro y vinieron hasta diez o doce, que estas vimos nosotros, que andaban peleando delante de todos los indios como capitanas y peleaban ellas tan animosamente que los indios no osaban volver las espaldas, y al que las volvía delante de nosotros le mataban a palos, y esta es la causa por donde los indios se defendían tanto. Estas mujeres son muy blancas y altas, y tienen muy largo cabellos y entrenzado y revuelto a la cabeza y son muy membrudas y andan desnudas en cueros tapadas sus vergüenzas, con sus arcos y flechas en las manos, haciendo tanta guerra como diez indios; y en verdad hubo

mujeres de éstas que metió un palmo de flecha por uno de los bergantines, y otra que menos, que parecían nuestros bergantines puerco espín (pp. 31-32).

En esta instancia del relato, las Amazonas se transforman en una realidad. Las mismas son descritas por el dominico tanto en su físico como en su destreza con el arco y la flecha con los mismos parámetros con que las describen los textos clásicos griegos. En un interrogatorio Orellana obtiene datos que acrecientan y fijan para siempre la leyenda. Es que ocultas en esa selva amenazante, a siete jornadas adentro se esconden las mujeres guerreras que tenían por jefe a una de ellas llamada Coñori y vivían solas y sin hombres...²⁶

IV.

El viaje de descubrimiento del Río Grande de las Amazonas fue una expedición vergonzante, de la que nadie pidió recompensas. Viene a mí la imagen patética de estos casi náufragos todos ellos, con marcas indelebles

²⁶ Es oportuno introducir los datos que recoge Orellana y explicita Carvajal sobre estas Amazonas porque constituyen el material fundamental para cimentar el mito de las mujeres selváticas que serán buscadas en expediciones futuras: que en ciertas épocas del año los llevaban [a los hombres] por fuerza a sus tierras y les tenían consigo el tiempo que se les antojaba y después de ser empañadas los enviaban de vuelta sin hacerles daño. Que si nacían hombres los mataban y devolvían a sus padres. Que si nacían mujeres las cuidaban con gran esmero y criaban con solemnidad, imponiéndolas de las cosas de la guerra. Que dichas Amazonas, como las empezaron a llamar los españoles, vivían en poblados de grandísimas riquezas de oro y plata, sirviéndose en objetos de estos metales las principales, pues las demás lo hacían en utensilios de madera y si era de ponerlos al fuego en vasijas de barro. Que el poblado principal de ellas contenía cinco casas muy grandes o adoratorios dedicados al sol, cuyos interiores estaban decorados con pinturas de diversos colores y con ídolos de oro y plata con figuras de mujeres. Sus vestidos eran de ropa de lana muy fina porque tenían ovejas del Perú. Mantas ceñidas desde los pechos hacia abajo, encima echadas y otras con manto abrochadas por delante con unos cordones. Traen los cabellos teñidos y puestas unas coronas de oro tan anchas como dos dedos. Que tenían a su servicio camellos de pata hendida (debieron ser llamas) y poseían dos lagos de agua salada de que ellas hacían sal. Que era obligación que al ponerse el sol no quedara indio alguno en el interior de esos poblados y que eran tan poderosas que hacían tributarios en un gran confin de esas comarcas para que les sirvieran en todo. pp. 36-38.

en sus cuerpos, como las del narrador, arribando el 11 de septiembre de 1542 a la isla de Cubagua a bordo de navíos rearmados y de aspecto fantasmático.²⁷

Desde Venezuela, Carvajal pasará a Quito y luego a Lima donde continuará con su tarea de misionero. Orellana parte con rumbo a la corte imperial para justificar su desempeño durante la expedición. Orellana no puede mostrar ninguna de las riquezas que buscaban, ni oro, ni canela ... lo único que tiene para ofrecer es el relato de la belleza de las tierras y la existencia de las Amazonas. Sin embargo Carlos V lo nombra Gobernador de las tierras que había descubierto, bautizadas como Nueva Andalucía. En diciembre de 1545 el Capitán, tras meses de intensas negociaciones en busca de financiamiento, arriba finalmente a la desembocadura del río. Las penurias del viaje, referidas por los sobrevivientes, no difieren de la expedición anterior, lo que sí cambia es la obsesión de Orellana por encontrar el brazo principal. Es en ese río que nunca llevará su nombre donde muere en noviembre de 1546, víctima de un enfrentamiento con los indígenas.²⁸

Si bien la *Relación* de Carvajal no se lee ni circula por los circuitos oficiales; sí trascienden de manera inmediata las noticias asombrosas que fijan el mito de las amazonas en la espesura de una selva del Nuevo Mundo.

En el trabajo se ha dado prioridad al rasgo narrativo del texto que lo aleja de un mero pedido de informes. En el relato de viaje la escritura intenta sujetar territorios casi desconocidos e inexplorados. La necesidad de sistematizar esa escritura no es más que una proyección del deseo de conocimiento frente a un territorio atemorizante y colmado de incertidumbres. En el acto de escribir se refleja esa necesidad de poseer el espacio aún cuando las inclemencias de la naturaleza y las flaquezas humanas lo trans-

²⁷ De los cincuenta y siete hombres que parten con Orellana se calcula que tres murieron a causa de las heridas de los indígenas y por lo menos once de enfermedades y hambre.

²⁸ Orellana llegó primero a Portugal, donde el rey le ofreció hospitalidad e incluso recibió ofertas para volver al Amazonas con una expedición bajo bandera portuguesa. Las capitulaciones otorgadas por el Emperador le permitían explorar y colonizar Nueva Andalucía con no menos de 200 soldados de infantería, 100 de caballería y el material para construir dos barcos fluviales. A su llegada al Amazonas, debía construir dos ciudades, una de ellas justo en la boca del río. El saldo de la expedición fue igualmente desastroso. Sólo en los primeros meses de la travesía cincuenta y siete hombres murieron de hambre.

formen en una experiencia temeraria. Por esto el relato de viaje es un tipo de texto en cuya realización el narrador entremezcla la descripción del paisaje con el sufrimiento y el penoso vagabundeo por las orillas; un tipo de escritura en que la experiencia del asombro ante lo nuevo es tan compartida como el barco, espacio físico donde la travesía se condensa en experiencia colectiva.

A bordo de uno de esos bergantines Carvajal defiende con tenaz convicción la veracidad de los hechos: “El suceso de nuestro camino y navegación, así para decirlo y notificar la verdad en todo ello como para quitar ocasiones a muchas que quieran contar esta, nuestra peregrinación, o al revés de cómo los hemos pasado y visto, y es verdad todo lo que yo he escrito y contado” (p. 44). La escritura del religioso no es sólo de resguardo ante la sospecha de abandono, es también la defensa de una travesía por un río que traspasa la dimensión humana y cuya credibilidad, sin dudas, supera la imaginación.

Fuentes

- De Carvajal, Gaspar (s/d) *Relación del Nuevo Descubrimiento de famoso Río Grande que descubrió por muy gran ventura el capitán Francisco de Orellana*. Quito: Biblioteca Amazonas - Volumen I. Publicación Raúl Reyes y Reyes. Transcripción de Fernández de Oviedo y Toribio Medina [1541]
- (1942) *Descubrimiento del Río de las Amazonas*, Bogotá: Prensas de la Biblioteca Nacional. Edición a cargo de Juan Bueno Medina [1541]
- (1955) *Relación del Nuevo Descubrimiento del famoso Río Grande*. México: Fondo de cultura económica. Edición, introducción y notas de Jorge Hernández Millares [1541]

Bibliografía

- Accurso, Ricardo (2005): "Las Amazonas de Fray Gaspar de Carvajal". En *Aula de Letras. Humanidades y Enseñanza*. Primera época. (Años 2003-2005). Revista Digital. [<http://www.auladeletras.net/revista/>]
- Bachelard, Gastón (2006): *La poética del espacio*. Fondo de Cultura Económica.
- Bayle, Constantino (1930): *El dorado fantasma*. Madrid: Razón y Fe.
- Becco, Horacio Jorge (2003): *Crónicas de el Dorado*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Benites, María Jesús (2004): *Con la lanza y con la pluma. La escritura de Pedro Sarmiento de Gamboa*. Tucumán: Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos. Facultad de Filosofía y Letras. UNT.
- Carrizo Rueda, Sofía (1997): *Poética del relato de viaje*. Kassel: Reichenberger.
- Friederici, Georg (1986): *El carácter del descubrimiento y de la conquista de América*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Glantz, Margo (1992): *Borriones y borradores. Reflexiones sobre el ejercicio de la escritura*, México: El Equilibrista.
- Gerbi, Antonello (1978) *Naturaleza de las Indias Nuevas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Gil, Juan (1989). *Mitos y utopías del descubrimiento*. Madrid: Alianza, 1989.
- Jos, Emiliano (1943). "Centenario del Amazonas. La expedición de Orellana y sus problemas históricos". En *Revista de Indias*. Año IV, N° 11. pp 479-526.
- (1943). "Centenario del Amazonas. La expedición de Orellana y sus problemas históricos (continuación)". En *Revista de Indias*. Año IV, N° 13. pp 5-42.

- Leonard, Irwing (1995): *Los libros del conquistador*. México: Fondo de Cultura Económica.
- López de Mariscal, Blanca (2004): *Relatos y relaciones de viaje al Nuevo mundo en el siglo XVI*. Madrid: Polifemo.
- Pastor, Beatriz (1983): *El discurso narrativo de la Conquista*. La Habana: Casa de las Américas.
- Rojas Mix, Miguel (1993): “Los monstruos: ¿mitos de legitimación de la conquista?” En *América Latina: Palavra, Literatura e cultura*. Ana Pizarro (org.), Sao Paulo: Memorial. pp. 123-150.
- Said, Edward (1990): *Orientalismo*. Madrid: Libertarias.